



Los directores Mariss Jansons, a la izquierda, y Riccardo Chailly. / LISI NIESNER (REUTERS) / JAN WOITAS (AP)

CLÁSICA

Dos orquestas de lo humano a lo divino

JUAN Á. VELA DEL CAMPO

No se puede pedir más, ni mejor. Los aficionados a la música sinfónica han vivido en Madrid una semana de gloria, con cuatro conciertos magistrales, de esos que quedan en el recuerdo durante mucho tiempo por el despliegue de calidad musical y por el particular interés de los programas presentados.

Imaginense, la orquesta civil más antigua del mundo, la Gewandhaus de Leipzig, ha vuelto a demostrar que no existe mayor vitalidad que la derivada de la experiencia, siempre y cuando no se prescindiera de la pasión, y la orquesta del Concertgebouw de Ámsterdam ha dejado bien claro que su perfeccionismo no es flor de un día y que

si está en todas las listas prestigiosas como una de las tres o cuatro mejores orquestas del mundo no es por casualidad.

Las dos formaciones visitan los próximos días algunas de las capitales musicales de Europa con los programas que han interpretado en Madrid. Los de Leipzig van a Milán y Múnich, por ejemplo; los de Ámsterdam, a Viena y París. Concurrirán además circunstancias en cierto modo afectivas en sus directores titulares.

Riccardo Chailly, que fue el director anterior de la Concertgebouw, va a asumir en breve la dirección musical del Teatro alla Scala de Milán. Mariss Jansons finaliza esta temporada su década prodigiosa al frente de la orquesta holandesa. Los dos

directores están viviendo, pues, sentimientos de despedida con las orquestas de sus idilios sonoros.

Las dos interpretaron a Mahler. La Gewandhaus, la *Primera sinfonía*. La Royal Concertgebouw, la *Cuarta*. Las diferencias de enfoque, o de dirección, fueron ostensibles. El espectador puede preferir uno u otro planteamiento. Mahler es grande y admite tanto el lado más humano, más dramático, de los de Leipzig con Chailly, o el lado más divino, más técnicamente impecable, de los de Ámsterdam con Jansons.

Las comparaciones son odiosas a la hora de elegir qué es mejor, pero son muy positivas a la hora de subrayar matices y prioridades. Chailly tiene una

especial afinidad con Mahler. Ha estado en las últimas décadas en todas las salsas dedicadas al compositor, desde la gran convocatoria de Ámsterdam de 1995 —precisamente con la *Primera*— hasta la de Leipzig de 2011. Es un mahleriano como la copa de un pino y no solamente en el terreno musical, sino también en el intelectual. Lo que hizo en Madrid con la *Primera* fue escalofriante por su riqueza conceptual y su visión humanista. Qué último movimiento, por ejemplo. Jansons, con la Concertgebouw, se recreó más en la belleza en estado puro, en la búsqueda de la perfección. Su interpretación fue hipnótica, deslumbrante. Qué tercer movimiento, *Ruhevoll*, ay, de infarto. La orquesta

estuvo impecable. El primer oboe fue el onubense Lucas Macías Navarro, destacado por el director en los saludos finales. No solamente vamos a hablar como ejemplo de los hermanos Gasol en el baloncesto estadounidense.

Julian Rachlin fue el solista de los conciertos para violín de Mendelssohn y Chaikovsky, con Chailly. El programa Mendelssohn-Mahler fue una especie de homenaje a Leipzig. Qué ciudad, vinculada de una u otra forma con los Bach, Wagner, Mahler, Mendelssohn... Si hay un defensor de Rachmaninov entre los grandes directores de orquesta ese es, sin duda, Chailly.

La Gewandhaus demuestra que la mayor vitalidad es su experiencia

La Concertgebouw deja claro que su perfección no es flor de un día

Cree en él y curiosamente lo transmite y hasta contagia su entusiasmo. Como Rachmaninov admiraba a Chaikovsky, Chailly los puso uno a continuación del otro. Esta vez nadie puso en duda sus calidades, gracias a una interpretación ciertamente refrescante. Placer de dioses, se lo aseguro.

Mariss Jansons acompañó su Mahler —en el que cantó la estupeficiente Dorotea Roschmann— con una versión deliciosa de *El burgués gentilhomme*, de Richard Strauss. El otro concierto de la Concertgebouw tuvo una sorprendente y luminosa impronta mediterránea: *Iberia*, de Debussy; *El sombrero de tres picos*, de Falla; *Escenas napolitanas*, de Massenet, y *Pinos de Roma*, de Respighi. Fue, sencillamente, delicioso. Una sorpresa. Músicas no frecuentes en estos ciclos de grandes orquestas que así interpretadas adquieren gran importancia y proporcionan un placer irresistible.

LUGAR COMÚN

Con bombín bajo las bombas

FÉLIX DE AZÚA



Poco a poco vamos recuperando la obra de aquella generación de periodistas de la República que son, a mi entender, un capítulo esencial de la literatura española, aunque hasta hace poco no figuraban en casi ningún manual académico. Gracias a Xavier Pericay, el más editado es Josep Pla, pero Chaves Nogales ha tenido que esperar décadas para resucitar. Algunos, como Xammar o Gazieli, sólo habían sido objeto de ediciones locales.

Julio Camba y Corpus Barga han gozado de mayor difusión, aunque tampoco excesiva. Y hoy le toca al más joven, Augusto Assía, cuyos informes de la Segunda Guerra Mundial, escritos en Londres durante el conflicto, aparecen ahora en la notable editorial Asteroide con el título *Cuando yunque, yunque. Cuando martillo, martillo*.

El género periodístico ha ido absorbiendo a la novela y al ensayo y es hoy uno de los más ricos y diversos del panorama literario, pero la lectura de los antiguos tiene un valor añadido. A mí me produce la misma sensación que el cine de aquellos años treinta y cuarenta. Es como si (perdón por la sinestesia) leyera una prosa en blanco y negro. Más dura, más perfilada, más contrastada que la actual.

La literatura del siglo XXI es casi siempre de colorines, incluida la novela negra. En cambio, un reportaje de Chaves Nogales es como el cine de Fritz Lang. Hace uso de aquella iluminación cegadora que dejaba media pantalla en negro

para perfilar al acero el rostro del malvado. Quizás se deba a que los periodistas de entonces no usaban aparatos. Se confrontaban a pelo con el suceso.

Los artículos de Assía se publicaron en *La Vanguardia* y fueron luego recogidos en sendos libros de 1946/47. El prime-

Un reportaje de Chaves Nogales es como el cine de Fritz Lang

ro narra los bombardeos y la guerra defensiva, cuando la Gran Bretaña fue yunque para los alemanes. Y el segundo celebra el momento en que los ingleses pasaron a la ofensiva y se convirtieron en el martillo del Reich. Los reportajes, vividos a pie de bomba, han esperado casi setenta años para renacer.

La peculiaridad de Assía, además de su sagacidad, es que era más inglés que los nativos y no sólo cuenta la destruc-

ción provocada por los bárbaros, sino que aprovecha para hacer pedagogía entre los españoles, la mayoría de los cuales era germanófilo. Las extravagancias de la cultura y la política inglesa tienen tanta importancia como los episodios guerreros.

El libro, por tanto, es también un manual de singularidades británicas, a veces divertido, a veces admirable y las más de las veces pasmoso. Como cuando explica el clima inglés. Afirma que allí apenas soplan vientos y en la Isla no se conocen las felleas de ventana. Los árboles crecen como en ningún lugar de Europa y la consecuencia es que los pájaros acuden en masas inmensas. Concluye: "Según estadísticas ornitológicas, anidan en la Isla ciento veintiocho millones de pájaros". Homérico.

La prosa de Assía es limpia, sutil, con algún curioso arcaísmo y un sentido del humor de lo más británico. Como dice Ignacio Peyró en su excelente prólogo, es más contemporánea que casi toda la prosa contemporánea. Abundo.